

CEGADOS LOS OJOS - JESÚS RAFAEL SOTO EN ESPAÑA

(FRAGMENTO CORTESÍA DE LA GALERÍA ODALYS)

por
ALFONSO DE LA TORRE

Ocultado en el bosque de los penetrables. Misterioso, silencioso, frecuentemente retratado en el interior de sus penetrables hasta quedar, casi, desaparecido entre los hilos, a la par que ejecuta mecanismos que adquieren su verdadero valor, su pleno sentido, únicamente en el encuentro con el contemplador.

Buscador de imágenes no estables, de acontecimientos visuales, sus imágenes preguntan por las consideraciones temporales en un proceso devenido tal una toma de conciencia en sus palabras, que puede tener tanto de elogio de la desmaterialización como de valoración formal. Artista claro, lo cual no le impidió vindicar la duda, toda-la-duda si pensamos que, al cabo, la obra de Soto se desplaza (gozosa) a ese exilio que citaba Bonnefoy al plantear la pervivencia de un espacio frágil, otro lugar de lo real devenido casi pluridimensional o interdimensional pues parece tentar otro de sus desplazamientos hacia la música, como dijera Popper, se tiene a menudo la impresión, frente a sus obras, que el movimiento óptico tiene una secreta relación con la música, no sólo por lo su lado trascendental y poético sino por su proximidad a una secreta álgebra.

Suplanta Soto las formas por el concepto, el peso por una noción espacio-temporal y, a su vez, vuelta en bucle, el objeto por el concepto (de sorna dadá calificará Soto lo conceptual), en palabras del venezolano con ocasión de su presencia en Las Palmas: “la obra no reunía un momento definido de una anécdota o de un tema visual sino una parte infinita de un todo universal cuyo valor era idéntico a un total. Trato de explicarme: Si nosotros queremos utilizar el espacio como un valor sensible, por lo tanto artístico, no podemos pensar que el espacio puede tener valores formales diferentes. Si nosotros con ese concepto tratamos el espacio debemos pensar que la proposición dada plásticamente tiene una entidad total con el espacio universal. Es una prueba evidente de que el concepto formal no era el lenguaje viable para expresar algo que es imposible dibujar objetivamente. Sólo conceptualmente podíamos transmitir una idea de esa universalidad”.

Poética de la percepción, al cabo Soto es un vidente, *hélas!*, la videncia es una enseñanza que el venezolano percibe en la rue de la Boétie, frente al movimiento de la obra de Duchamp alojada en el espacio de Denise René. Imaginemos por un momento el murmullo de esa sala: el sonido leve de la rotación, el móvil de Calder moviéndose por el aire: enfrentado a ese *trastorno*, y su misión proyectar la acción, la mirada y la conciencia, embargarla a través de la forma hacia la disposición interior. Aquello de la atenta escucha que Palazuelo explica a Claude Esteban, pensando en el Klee de “todo mi alrededor desaparece, y surgen las obras como por sí solas”. Ante la concentración del artista, éste señala: “¿qué quieres? Es la línea la que piensa y yo debo estar atento a su pensamiento”. Diálogo en la errancia, dejar hablar a las líneas, escuchar y, por tanto, elogio de lo lento como verdadero motor del

quehacer artístico: “la verdad auténtica está en el fondo, por lo pronto invisible”. La forma activa el espacio, dejando la marca de la experiencia y los sueños.

¿Y qué será del *cuándo*? Perpetua mutación del mundo, inestabilidad de lo real enfrentado lo consciente al incesante devenir de las cosas, el movimiento, así propone Soto, no es tanto cuestión estrictamente plástica o decurso de la actividad dinámica de la obra sino que, más bien, desplaza el juego hacia el contemplador quien, de este modo, protagoniza el hecho artístico. Y así el aspecto del permanente cambio de lo real, la enunciación de lo imprevisible del ser y sus horas, la “angustia” en sus palabras, la zozobra que se esconde tras la tensa calma de lo natural, la aparente estabilidad de lo real.

Ensanchamiento de la conciencia, un cierto *pathos* interrogativo, escribí, mundo de nuevas significaciones cuya geometría con vocación trascendente, exploradora de las posibilidades de líneas o formas, considera el color un sutil impulsor de misteriosos campos de fuerzas desarrollados en el espacio, pudiendo transformar sus estructuras que parecen así un interrogar permanente sobre las formas, el orden, número y proporción. El arte no es expresión, sentenciará Soto, y “la misión del artista en el siglo XX es el desciframiento sensible del universo”.

Tienta, Soto, descifrar el misterioso universo.